



Memoria e historia: acerca de la memoria del dolor y la memoria del rencor

por Luis Kancyper¹

En este trabajo me referiré a la importancia que tienen las diferentes memorias en la plasmación del interminable proceso de la identidad en los sujetos y en la cultura de los pueblos en la diáspora.

Para lo cual, como psicoanalista, abordaré la presencia de cuatro memorias, comandadas cada una de ellas por diferentes afectos que afectan e infectan los procesos de los duelos normales y patológicos y sus influjos elocuentes tanto en la realidad externa como así también en la realidad psíquica.

Comenzaré con la presentación de las memorias del rencor, del dolor, del pavor y del esplendor y sus manifestaciones a través de la obra poética de Jorge Luis Borges.

Luego abordaré el tema de cómo estas memorias se manifiestan en la psicología de las masas para concluir finalmente cómo la memoria del pavor y la memoria del rencor operan desde los tiempos remotos hasta la actualidad en las complejas batallas

¹ Este texto ha sido publicado en Beatriz Gurevich (ed.), *La complejidad después de Babel. Diásporas, culturas, transnacionalización*, Lumiere, Buenos Aires, 2013.



regidas por duelos inconscientes y conscientes entre árabes e israelíes a partir de un texto de Amos Oz, *Historia de amor y oscuridad* (2004).

JORGE LUIS BORGES Y LAS CUATRO MEMORIAS

La memoria es individual.
Nosotros estamos hechos,
en buena parte, de nuestra memoria.
Esta memoria está hecha,
en buena parte, de olvido.

(Borges 1979)

La obra de Jorge Luis Borges posibilita echar una mirada original a ciertos psicodinamismos que intervienen en la configuración de la memoria y del olvido.

Su obra resulta ser, en gran medida, una denuncia y a la vez un alegato. Denuncia el poder secuestrador de la memoria imperante de otras generaciones que suelen alienar a los individuos en una historia de otros que no les conciernen, y los retienen fatalmente en un laberinto clausurado al cambio. Por otro lado, su obra constituye un alegato en defensa de una memoria liberadora tanto para el sujeto como así también para los pueblos. Una memoria del esplendor, orientada a la fraternalización del género humano.

Para Thomas Eliot, la memoria opera como una clave para ingresar con esperanza en un renovado acto de liberación, mientras que para la mayoría de los personajes borgeanos la memoria ejerce un poder diametralmente opuesto, permanecen inexorablemente abrumados y con desesperanza, bajo el peso agobiante de una memoria impuesta y excesiva.

Dice Elliot en "Cuatro cuartetos" (1989: 46):

La historia puede ser servidumbre
La historia puede ser libertad.
Ve, ahora se esfuman, las caras y los lugares con el yo,
cuando pudo, los amó, para tornarse
renovados, transformados, en otro diseño.
Esta es la utilidad de la memoria, para la liberación
no disminución del amor, sino expansión del amor
más allá del deseo, y así liberación del futuro
tanto como del pasado.

Entre los pliegues de la "cambiante forma de la memoria que está hecha de olvido" (Borges 1983) distingo cuatro memorias borgeanas: la del rencor, del pavor, del dolor, y la memoria del esplendor.



Mientras que las memorias del rencor y del pavor permanecen refractarias al olvido y al trabajo del duelo (Kancyper 2003), las memorias del dolor y del esplendor integran al pasado en una diferente reestructuración afectiva espacial y temporal y propician al mismo tiempo el duro, lento e intrincado trabajo de elaboración de los duelos.

Desde el célebre Funes el memorioso (1942) hasta Hermann Soergel, protagonista de su último cuento, "La memoria de Shakespeare" (1982), se libran en el mundo interno de los personajes borgeanos batallas ambivalentes entre "la memoria que elige y que redescubre y el olvido que purifica" Borges (1981).

EL PODER DE LAS CUATRO MEMORIAS: SERVIDUMBRE O LIBERACIÓN

A continuación me dispongo a diferenciar cuatro memorias: del esplendor, del rencor, del pavor y del dolor. Sus diferencias resultan ser elocuentes y sus efectos suelen determinar, en gran medida, la identidad del individuo y de los pueblos.

En la memoria del esplendor los recuerdos de la historia vigorizan las tres dimensiones del tiempo. El esplendor de esta memoria se basa en el hecho que la dimensión del pasado ilumina con su resplandor al presente y, al mismo tiempo, el futuro se reabre con un sentimiento oceánico y mágico a la vez.

Podemos pensar que la memoria del esplendor guarda cierta semejanza con la imagen borgeana del Aleph. Es un acontecimiento témporo-espacial, en el que conviven en un momento y espacio de fulgor y con felicidad los tres tiempos cronológicos sin aparente superposición ni contradicción.

En "El poeta y la escritura" (1980) Borges pone de manifiesto la fugacidad de la felicidad que participa en la memoria del esplendor.

La poesía se ha dedicado en buena parte a lamentarse; yo diría que hay un solo poeta que ha cantado la alegría presente, es el gran poeta español Jorge Guillén. Uno siente que él está cantando, que al escribir se siente muy feliz.

En general se ha preferido deplorar la felicidad perdida, paraísos perdidos; en cambio Guillén ha hecho, hace gustar esa maravillosa proeza de cantar la felicidad presente, cosa que nadie parecería haber hecho. Porque en el caso de Whitman uno siente que se impuso la tarea de ser feliz, pero que posiblemente fuera un hombre desdichado. Y quizá la desdicha sea mejor material que la victoria, porque la derrota es mejor material que la victoria, porque la derrota tiene que ser transformada en otra cosa, la desdicha también. La felicidad, en cambio, es un fin en sí misma y no necesita ser cantada; ya es una suerte de canto la felicidad. Sus visitas son tan fugaces que debemos agradecerlas cuando llegan.

Uno debe aceptar esas rachas de misteriosa felicidad y agradecerlas de igual modo que uno debe aceptar siempre la dicha, la amistad, el amor, aunque se sepa indigno de ellos.



La memoria del esplendor pletórica de alegría, belleza e inmortalidad se diferencia de las memorias del rencor, del pavor y del dolor.

En efecto, mientras que el pasado arroja luz en la memoria del esplendor al presente y futuro, en las memorias del rencor y del pavor el pasado eclipsa a las otras dos dimensiones del tiempo. En la memoria del rencor, presente y futuro permanecen hipotecados para reivindicar a un injusto pasado que se reinfecta por el accionar de los resentimientos y remordimientos incandescentes y compulsivos (Kancyper 2010).

En esta memoria diferenciamos dos tipos diferentes: la memoria del rencor comandada por resentimientos y remordimientos conscientes y manifiestos – “Emma Zunz” (1949); “Leyenda” (1969); “Remordimiento por cualquier muerte” (1923) “El remordimiento” (1976) –, de aquella otra memoria del rencor en la que los resentimientos y remordimientos se hallan latentes, encubiertos o enmascarados – “Funes el memorioso” (1944); “Sherlok Holmes” (1984) *La memoria de Shakespeare*, (1982) –.

En la memoria del rencor prevalece la esperanza reivindicatoria. En cambio, en la memoria del pavor, las reminiscencias traumáticas empantanar al presente y futuro con un pertinaz sentimiento de desconfianza. El presente no se vive como un verdadero presente, lo que implicaría un anclaje actual y perspectivas de futuro.

El mnemonista del pavor es un forastero acosado de los caminos. No puede permanecer ni pertenecer en un lugar y en un tiempo sostenidos, le resulta imposible entablar vínculos confiables.

Jorge Luis Borges en su poema “El amenazado” describe ese mismo destino infausto del mnemonista del pavor que, como pasajero en tránsito, peregrina en busca de un futuro perdido. Este poema, escrito en 1972, sería, en gran medida, un lamento de amor por el amar imposible. El narrador borgeano no puede establecerse en una relación de amor confiable porque resulta ser rehén de la pavorosa memoria del “horror de vivir en lo sucesivo”.

El carácter escondido y desorientador del sentimiento ominoso permanece activo en la memoria del pavor y promueve el surgimiento del pensamiento mágico-animista. Lo ominoso, señala Freud es “aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace tiempo. Lo *unheimlich*, es todo aquello destinado a permanecer en secreto, en lo oculto que ha salido a la luz”(1919: 225).

Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz.
La hermosa máscara ha cambiado, pero como siempre es la única.
¿De qué me servirán mis talismanes: el ejercicio de las letras,
la vaga erudición, el aprendizaje de las palabras que usó el
áspero Norte para cantar sus mares y sus espadas,
la serena amistad, las galerías de la Biblioteca,
las cosas comunes, los hábitos, el joven amor de mi madre, la sombra



militar de mis muertos, la noche intemporal, el sabor del sueño?

Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.
Ya el cántaro se quiebra sobre la fuente, ya el hombre se levanta
a la voz del ave, ya se han oscurecido los que miran por las ventanas,
pero la sombra no ha traído la paz.
Es, ya lo se, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz,
la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo.
Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.
Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)
El nombre de una mujer me delata.
Me duele una mujer en todo el cuerpo.
(Borges [1972] 1987h)

Borges pone en evidencia en el poema "El forastero" (1966) la fugacidad incesante del mnemonista del pavor que, como un jinete que nunca encuentra su propio sosiego, cabalga entre el infierno y la gloria "Porque el Far West abarca el planeta y se espeja en los sueños de los hombres que nunca lo han pisado". Describe con tristeza el desencuentro permanente "de un hombre cuya verdadera vida está lejos".

"El forastero"

Despachadas las cartas y el telegrama,
camina por las calles indefinidas
y advierte leves diferencias que no le importan
y piensa en Aberdeen o en Leyden,
más vívidas para él que este laberinto
de líneas rectas, no de complejidad,
donde lo lleva el tiempo de un hombre
cuya verdadera vida está lejos.
En una habitación numerada
se afeitará después ante un espejo
que no volverá a reflejarlo
y le parecerá que ese rostro
es más inescrutable y más firme
que el alma que lo habita
y que a lo largo de los años lo labra.
Se cruzará contigo en una calle
y acaso notarás que es alto y gris
y que mira las cosas.
Una mujer indiferente
le ofrecerá la tarde y lo que pasa



del otro lado de unas puertas. El hombre
piensa que olvidará su cara y recordará,
años después, cerca del Mar del Norte,
la persiana o la lámpara.
Esa noche, sus ojos contemplarán
en un rectángulo de formas que fueron,
al jinete y su épica llanura,
porque el Far West abarca el planeta
y se espeja en los sueños de los hombres
que nunca lo han pisado.
En la numerosa penumbra, el desconocido
se creará en su ciudad
y lo sorprenderá salir a otra,
de otro lenguaje y otro cielo.

Antes de la agonía,
el infierno y la gloria nos están dados;
andan ahora por esta ciudad, Buenos Aires,
que para el forastero de mi sueño
(el forastero que yo he sido bajo otros astros)
es una serie de imprecisas imágenes
hechas para el olvido.
(Borges [1966] 1987e)

El destino del sujeto apresado por la memoria del pavor se halla regido por el accionar inconsciente de angustias de desvalimiento y de muerte que no alcanza a domeñar, a diferencia de la angustia de castración que comanda a la memoria del dolor.

En ésta no se olvida al pasado, pero se lo admite y acepta como lo irrecuperable y resignable, lo cual posibilita el pasaje al presente y a un futuro posibles no idealizados. En la memoria del dolor el pasado deja de ser presente para transformarse en experiencia pasada, ya que sólo de esta manera se lo puede considerar como una experiencia útil frente al presente. En cambio el mnemonista del rencor, se posiciona como una pretenciosa e injusta víctima por las frustraciones padecidas. Frustraciones, promesas e ilusiones incumplidas que lo legitiman detentar un poder soberbio y reivindicativo, generando en la dinámica del campo intersubjetivo una tensa atmósfera de crispación, que suele exteriorizarse de un modo compulsivo a través de la queja, el litigio, el reclamo, el reproche y la venganza.

El menmonista del dolor, a diferencia del mnemonista del rencor y del pavor, asume, por un lado, la pérdida de una vana esperanza planetaria, y por otro lado, la asunción de una otra realidad menos idealizada pero más acotada e imperfecta.

En el poema "1964" Borges enfoca en cámara lenta la existencia del dolor y de la tristeza que se presentifican durante el trabajo de elaboración de un duelo normal.



"1964"

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna
ni los lentos jardines. Ya no hay una
luna que no sea espejo del pasado,
cristal de soledad, sol de agonías.
Adiós las mutuas manos y las sienes
que acercaba el amor. Hoy sólo tienes
la fiel memoria y los desiertos días.
Nadie pierde (repites vanamente)
sino lo que no tiene y no ha tenido
nunca, pero no basta ser valiente
para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras
y te puede matar una guitarra.

II

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
un instante cualquiera es más profundo
y diverso que el mar. La vida es corta
y aunque las horas son tan largas, una
oscura maravilla nos acecha,
la muerte, ese otro mar, esa otra flecha
que nos libra del sol y de la luna
y del amor. La dicha que me diste
y me quitaste debe ser borrada;
lo que era todo tiene que ser nada.
Sólo me queda el goce de estar triste,
Esa vana costumbre que me inclina
al sur, a cierta puerta, a cierta esquina .z no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
(Borges [1966] 1987d)

En la memoria del dolor se posibilita "aprender el arte del olvido", y la apropiación del dolor puede convertirse entonces en una fuerza dinámica capaz de propiciar la reconstrucción de un sentido propio y comunitario.

Real y efectivamente, los duelos comandados por el dolor y no por el rencor ni por el pavor habilitan al sujeto a dar eficazmente vuelta la página de su historia repetitiva para habilitar entonces un "nuevo comienzo" (Arendt 1958). Porque en la memoria del dolor la pérdida del objeto se transforma – trabajo de duelo mediante – en una ausencia.



Mientras que en las memorias del pavor y del rencor, la carcoma de ambigüedades y de asintóticas esperanzas reivindicatorias paralizan el trabajo de elaboración de los duelos; los objetos perdidos no se ausentan jamás, insisten y acechan de un modo repetitivo y, como consecuencia, las posibilidades de olvidar y de innovar permanecen interceptadas.

Augé otorga una función fundamental al olvidar. Señala “que es necesario; tiene un papel muy activo. Porque lo que se olvida va dibujando las formas de lo que se olvida. Es como un trabajo de escultura. Lo que queda no es un recuerdo, simplemente, sino un recuerdo trabajado por el olvido” (2011).

La definición del olvido como labor de cincelado del recuerdo toma otro sentido en cuanto se percibe como un componente actuante y secreto que opera en la configuración de la propia memoria y Borges señala precisamente este delicado balance ente el recuerdo y el olvido en su poema “Un lector” (1987g):

[...]
Mis noches están llenas de Virgilio;
haber sabido y haber olvidado el latín
es una posesión, porque el olvido
es una de las formas de la memoria, su vago sótano,
la otra cara secreta de la moneda.
[...]

En efecto, el olvido y la memoria se dan en forma conjunta y se condicionan recíprocamente.

Pero el fugitivo del pavor como así también la víctima y victimario del rencor se regodean en una memoria que los atenaza y que no pueden olvidar, que no pueden mantener a distancia del consciente. Ambos permanecen fatalmente abrumados por el ojo avizor de una memoria centinela, memoria vigilante en el personaje borgeano que lo acecha, que le impone las miserias de cada día, la condición humana. “Soy su viejo enfermero; me obliga a que le lave los pies. Me acecha en los espejos, en la caoba, en los cristales de las tiendas [...]. Bebes el agua de mi copa y devoras mi pan.” (Borges 1987i).

Los menmonistas del pavor y del rencor permanecen inquietos en el umbral de una irrefrenable huida y despedida. Siempre se están yendo: *touch-and-go*.

Borges señala precisamente en *Diálogos de vida y de muerte* la relevancia de la despedida:

Quizás, el momento de la despedida es el momento más intenso en la relación entre dos personas. Cuando uno se despide de alguien, uno está más con esa persona que si uno la ve vulgarmente. Al mismo tiempo uno sabe que ésa es la última vez. Quiero decir que en la despedida se dan a la vez la máxima presencia y la máxima ausencia, ¿no? (2003: 36).



Así, en las memorias ominosas del rencor y del pavor, los vórtices de angustias desgarradoras y las heridas del alma refractarias a la cicatrización capturan al sujeto y lo fijan a la fatalidad de un inquebrantable y clausurado destino de sufrimientos. En efecto, los sujetos apresados por el rencor y/o por el pavor permanecen varados en una suerte de un "duelo sin fin". Mientras que en la memoria del esplendor, el ápice de la alegría, de la trascendencia y de lo eterno se manifiesta como una bella epifanía y reabre la dimensión temporal del futuro.

Señala Sontag (2002):

Lo bello nos recuerda la naturaleza como tal, lo que está más allá de lo humano y lo hecho, de ahí que estimule y ahonde nuestro sentido de la verdadera extensión y plenitud de la realidad, tanto inanimada como palpitante.

Al parecer, la belleza es inmutable, al menos cuando se encarna – se fija – en forma de arte, porque es allí, en el arte donde mejor se encarna la belleza como idea, como una idea eterna.

La belleza no es superficial, sino profunda; a veces es más oculta que obvia; más consoladora que inquietante; más indestructible, como el arte, que efímera, como en la naturaleza. La belleza, aquélla convencionalmente edificante, perdura.

La memoria del esplendor comandada por el sentimiento de la alegría amplía la copertenencia del sujeto, de ser Uno con el Todo. Estado afectivo de trascendencia y universalidad que se halla en las antípodas del sentimiento de desvalimiento infantil. Recordemos que

desde el punto de vista etimológico, lo más llamativo de nuestro término *alegría* es su relación con las nociones de agilidad, velocidad y vivacidad que encierra su antecedente, el latín clásico *alacritas*. El español mantiene *alacridad* que significa júbilo, hilaridad, regocijo, alegría y presteza del ánimo para hacer alguna cosa (Bordelois 2005: 158).

En la memoria del esplendor se registra además la presencia de un sentimiento singular de religiosidad, no de religión. De un "sentimiento oceánico" señalado por Roman Roland y citado por Freud en 1930, en *El malestar en la cultura*:

Es un sentimiento particular que preferiría llamar sensación de 'eternidad'; un sentimiento como algo sin límites, sin barreras, por así decir 'oceánico'. Este sentimiento – proseguía – es un hecho puramente subjetivo, no un artículo de fe; de él no emana ninguna promesa de pervivencia personal, pero es la fuente de la energía religiosa que las diversas iglesias y sistemas de religión captan, orientan por determinados canales y, sin duda, también agotan. Sólo sobre la base de este sentimiento oceánico es lícito llamarse religioso, aun cuando uno desautorice toda fe y toda ilusión. (Freud 1930: 65).



En la memoria del esplendor el universo parece teñirse de eternidad. Para el autor de *El Aleph* la búsqueda del tiempo ha llevado a la más bella invención humana, la idea de eternidad que Borges califica de “espléndido artificio amorosamente deseado por los poetas” (1979).

Borges se interroga:

¿Qué es la eternidad? La eternidad no es la suma de todos nuestros ayeres. La eternidad es todos nuestros ayeres, todos los ayeres de todos los seres conscientes. Todo el pasado, ese pasado que no se sabe cuándo empezó. Y luego, todo el presente. Este momento presente que abarca todas las ciudades, todos los mundos, el espacio entre los planetas. Y luego, el porvenir. El porvenir, que no ha sido creado aún, pero que también existe.

Los teólogos suponen que la eternidad viene a ser un instante en el cual se juntan milagrosamente esos diversos tiempos. Podemos usar las palabras de Plotino, que sintió profundamente el problema del tiempo. Plotino dice: hay tres tiempos y los tres son el presente. Uno es el presente actual, el momento en que hablo. Es decir, el momento en que hablé, porque ya ese momento pertenece al pasado. Y luego tenemos el otro, que es el presente del pasado, que se llama memoria. Y el otro, el presente del porvenir, que viene a ser lo que imaginan nuestra esperanza o nuestro miedo.

El tiempo vendría a ser un don de la eternidad. La eternidad nos permite vivir sucesivamente. (1979: 86-87)

Pero por otro lado, la memoria del esplendor hace algo más en su afán de plasmar una totalidad y eternidad sin fisuras: descubre también la grieta y la ausencia, aquello que se ha irreversiblemente perdido: las omisiones y los deseos insatisfechos de una existencia, los proyectos frustrados, descubre aquello que fuimos y aquello que no fuimos, lo que algo en el pasado debió suceder y no sucedió, alguna cosa que en un tiempo ya lejano se dijo o no se dijo, o que se dejó entrever pero no acabó de manifestarse. Esta memoria del esplendor representa, en definitiva, ese lado cóncavo de la vida en donde se pone en evidencia la totalidad de lo presente y de lo infranqueablemente faltante.

Claudio Magris nos revela que para él, lo más impactante en la obra borgeana es, precisamente, su capacidad de decirnos lo que no somos, y esa verdad lo ha fascinado y ha catalizado el desarrollo de su escritura “es que él nos hace entender que la grandeza es lo que nosotros no somos: mi gloria son los libros que he leído, no los que he escrito” (2011).

Estimo que este reverso de la memoria del esplendor sale a la luz en un poema con título en inglés “Things That Might Have Been” que significa “Cosas que podrían haber existido”. “En este erudito y caótico catálogo hay dos cosas que lo perturban especialmente al poeta: el amor no compartido, el hijo que no tuvo. El tono elegíaco, intimista de Borges llega aquí a su punto más triste” (Rodríguez Monegal 1981: 474)



"Things That Might Have Been"

Pienso en las cosas que pudieron ser y no fueron.
El tratado de mitología sajona que Beda no escribió.
La obra inconcebible que a Dante le fue dada acaso entrever,
ya corregido el último verso de la Comedia.
La historia sin la tarde de la Cruz y la tarde de la cicuta.
La historia sin el rostro de Helena.
El hombre sin los ojos, que nos han deparado la luna.
En las tres jornadas de Gettysburg la victoria del Sur.
El amor que no compartimos.

El dilatado imperio que los Vikingos no quisieron fundar.
El orbe sin la rueda o sin la rosa.
El juicio de John Donne sobre Shakespeare.
El otro cuerno del Unicornio.
El ave fabulosa de Irlanda, que está en dos lugares a un tiempo.
El hijo que no tuve.
(Borges 1977b)

Real y efectivamente, estas son el anverso y reverso de la memoria del esplendor, pero también su potencia devastadora; porque obliga a hacer las cuentas y confrontar con la totalidad de lo más íntimo de nuestro ser: aquello que somos y aquello que nunca seremos, junto a los otros presentes y ausentes que amamos y odiamos, y cuyo peso resulta casi siempre insoportable. Pero por otro lado y al mismo tiempo, esta memoria del esplendor relanza a la vez la dimensión prospectiva del tiempo y mantiene sus nexos con el concepto de revuelta de Kristeva.

El significado de la palabra revuelta tiene origen sánscrito y quiere decir pasar hacia atrás y volver hacia el futuro. El sentido profundo de la revuelta tiene que ver con revalorizar los antiguos valores para que surjan otros, nuevos". Apunta a cómo reapropiarse del pasado, pensarlo, para recrear algo nuevo. Preservando entonces una memoria fuerte de la elaboración y transformación de lo ya acontecido, pero que no es nunca una negación del tipo: "estoy en contra y mato eso", sino que tiende a una reestructuración del pasado y a su aceptación e integración dentro de un renovado proyecto (Kristeva 2011).

En efecto, en la memoria del esplendor confluyen las tres dimensiones del tiempo, celebrando entre sí un diálogo de amistad. En esta memoria intervienen las comparaciones propiamente dichas, en las cuales la pulsión epistemofílica (*Wissbegierde*) aporta una ganancia en la complejidad del saber. Al comparar lo diferente y lo semejante se generan nuevos efectos que multiplican los afectos, pensamientos y actos, en contraposición a las comparaciones patogénicas que se



hallan regidas por el accionar de la pulsión de apoderamiento (*Bemächtigungstrieb*) que, desde una posición verticalista, promueve megalomanía, generando crueles efectos destructivos de la identidad en el sujeto, en el otro y entre los pueblos.

En la memoria del esplendor, el pasado pierde su carácter de inquietante extrañeza. Podemos graficar esta situación mediante la escena del huésped que explora los sitios arqueológicos transitando al mismo tiempo por los senderos de la inmortalidad.

Deambula, entre la inmortalidad del ayer y el movimiento más móvil como es lo propio de su cuerpo que se desplaza entre la hostilidad y la hospitalidad, entre los tiempos y los contratiempos. Y es precisamente en ese "entre" en el que transcurre una imagen creadora original y en cierta medida originante que cuestiona lo establecido y multiplica los sentidos de las palabras y de las cosas.

Real y efectivamente en las ruinas arqueológicas la hostilidad envidiosa de lo muerto deviene en una cierta hospitalidad y el visitante intenta aprehender el indetenible flujo temporal para eternizarlo en la plasmación triunfante de una fotografía. En ésta se asiste a una victoria: el triunfo final de Eros sobre Tánatos. En el momento jubiloso de la fotografía se celebra aquello que se ha librado de los efectos devastadores de Cronos. El huésped en la morada hospitalaria del pasado histórico asume, y no desmiente ni escinde la huella del pasado, que deja su marca e inexorable influjo en las generaciones posteriores. Es un momento puntual en el que se produce la efracción de la fantasía de autoengendramiento que precisamente desmiente la filiación del sujeto a los orígenes y a los acontecimientos de la historia.

En la memoria del esplendor el sujeto coparticipa a la vez de las pesadillas y sueños de los siglos, pero al mismo tiempo asiste al advenimiento esperanzado de una cierta innovación en el porvenir, en oposición a los mnemonistas del rencor y/o del pavor que permanecen clavados a un destino clausurado a toda posibilidad de cambio.

En ciertos casos, el escepticismo que acompaña a las memorias del rencor y /o del pavor suele disfrazarse de una idealización extrema por lograr un cambio tan perfecto cuya realización resulta imposible de llegar a ser efectivizada en la realidad material.

Así como las memorias del esplendor y del dolor expanden nuevos horizontes, las otras dos memorias, la del rencor y del pavor promueven una compresión del tiempo y del espacio.

Las memorias del rencor y del pavor secuestran al sujeto y a los pueblos en la repetición circular del sufrimiento por el ayer, mientras que las del esplendor y del dolor son memorias liberadoras. Deponen la vana esperanza de lo perfecto y maravilloso, asumen dolorosamente lo irreversiblemente perdido y propician, al mismo tiempo, la búsqueda y realización en acto de un cierto cambio .



Borges nos presenta la relevancia de las memorias del esplendor y del dolor en su último poema "Los conjurados" en el que aboga por restituir un sentimiento de multiplicada amistad y de una fraternidad sin fronteras.

"Los conjurados"

En el centro de Europa están conspirando.

El hecho data de 1291.

Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.

Han tomado la extraña resolución de ser razonables.

Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.

Fueron soldados de la Confederación y después mercenarios, porque eran pobres y tenían el hábito de la guerra y no ignoraban que todas las empresas del hombre son igualmente vanas.

Fueron Winkelried, que se clava en el pecho las lanzas enemigas para que sus camaradas avancen.

Son un cirujano, un pastor o un procurador, pero también son Paracelso y Amiel y Jung y Paul Klee.

En el centro de Europa, en las tierras altas de Europa, crece una torre de razón y de firme fe.

Los cantones son ahora veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias.

Mañana serán todo el planeta.

Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético.

(Borges [1983] 1985a)

USOS Y ABUSOS DE LA MEMORIA COLECTIVA DEL RENCOR, DEL DOLOR, DEL PAVOR Y DEL ESPLENDOR EN LA PSICOLOGÍA DE LAS MASAS.

La memoria intenta preservar el pasado
Sólo para que le sea útil al presente
Y a los tiempos venideros.
Procuremos que la memoria colectiva
Sirva para la liberación
De los hombres y no para su sometimiento.

(Le Goff 1988)

En nuestra época, los occidentales, y más recientemente los europeos, parecen obsesionados por el culto de la memoria. Sin embargo, Todorov en su libro *Los abusos de la memoria* (2000), afirma que aunque hay que procurar que el recuerdo se mantenga vivo, la sacralización de la memoria es algo discutible.

En su texto presentado en el congreso "Historia y memoria de los crímenes y genocidios nazis", en Bruselas 1992, termina con estas palabras:



Aquellos que, por una u otra razón, conocen el horror del pasado tienen el deber de alzar su voz contra otro horror, muy presente que se desarrolla a unos cientos de kilómetros, incluso a una pocas decenas de metros de sus hogares. Lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, como la memoria – y el olvido – se han de poner al servicio de la justicia (Todorov 2000: 59)

Acuerdo con Todorov y considero, además, que las diferencias cualitativas de las memorias colectivas, cuando se hayan comandadas por las diferentes mociones anímicas del rencor, del dolor o del pavor, generan usos y abusos, se convierten en objetos de culto, hasta alienar la historia misma y provocar devenires espurios, y discursos que afectan e “infectan” el recuerdo en cuyo nombre se pronuncian.

Estas tres categorías diferentes de la memoria, ponen en relieve el uso que hacen de ella ciertos pueblos y religiones para sacar provecho de los recuerdos, con la finalidad de poder seguir actuando en el presente con reclamos y litigios, atizados por la memoria del rencor y/o del pavor. Posicionándose entonces, y a través de los siglos, en el estatuto exclusivo de una “víctima privilegiada”.

Y desde ese lugar de excepción, ciertos pueblos y religiones devienen finalmente, en acreedores rapaces que les abre en el presente una línea de crédito inagotable con derechos legitimados para punir al diferente, e identificarlo en el lugar de un victimario responsable de su infortunio presente. Llegando incluso al extremo de hacer un uso defensivo de las heridas no cicatrizadas del horror del ayer, para reinfectarlas con un delirio conmemorativo y fundamentalista puesto al servicio de encubrir sus actuales y actuantes fines agresivos y autodestructivos.

En efecto, los pueblos y religiones que permanecen prisioneros del pasado de un modo compulsivo, no logran tramitar el pasaje de las memorias colectivas del rencor y del pavor a la memoria colectiva del dolor.

En las memorias colectivas del rencor y del pavor los recuerdos se tornan persistentes e insuperables, y desembocan en el sometimiento del presente y del futuro al pasado atizados por el deseo de la revancha. Estas memorias suelen propiciar y a su vez reforzar los fundamentalismos y la fronteras psicológicas del grupo se vuelven inflexibles. Por el contrario, cuando la memoria se halla comandada por el dolor “se posibilita utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separase del yo para ir hacia el otro” (Todorov 2000: 32).

A continuación transcribiré cómo estas memorias pueden ser instrumentadas en la psicología de las masas con fines tróficos o fanáticos para reforzar y revitalizar las identidades colectivas.

Los ilustraré a través de algunas figuras descritas por el autor de *Los abusos de la memoria*, que han sabido luchar contra las injusticias actuales y que han podido elevarse por encima del automatismo de la ley taliónica del rencor y de las



reminiscencias de los traumas históricos acantonados en el espesor del mnemonista del pavor, para ingresar entonces en la memoria del dolor. Memoria colectiva del dolor, que sin olvidar el pasado desactiva su repetición compulsiva.

En el texto de Todorov que transcribiré a continuación, el autor diferencia dos tipos de memorias, la literal de la ejemplar. Esta última tiene puntos de coincidencia con lo que yo describo como la memoria del dolor. La literal, en cambio, tiene sus nexos con las memorias del rencor y del pavor.

La memoria del dolor – a la que me he referido anteriormente – posibilita el procesamiento de un duelo normal: la resignación de un objeto y su pasaje hacia otros objetos. Inexorablemente, para cerrar y cicatrizar la herida del dolor, se requiere atravesar inexorablemente por un proceso lento y complejo que consiste, según Gelman (2005), en: “abrir bien la llaga, sanearla con la verdad y la justicia. Los que pretenden hacerlo y pasar la página, están equivocados”.

En efecto, la memoria colectiva del dolor da acceso a la elaboración y superación de la compulsión a la repetición; y reabre una diferente temporalidad, espacialidad y afectividad.

Mientras que las memorias colectivas del rencor y del pavor promueven un efecto opuesto de parálisis en la tramitación de los duelos; y actualizan con indetenibles violencias, las situaciones traumáticas no procesadas del pasado con repetitivos pasajes al acto, en los que prevalecen un flagrante triunfo regresivo de Tánatos sobre Eros.

LAS MEMORIAS DEL PAVOR Y DEL RENCOR Y SUS RELACIONES CON LAS RIVALIDADES FRATERNAS.

La gravitación de las memorias del pavor y del rencor se pone de manifiesto en los malentendidos fraternos que se suscitan en la dinámica social. El libro de Amos Oz, *Una historia de amor y oscuridad* (2004) refleja los efectos destructivos de las comparaciones fraternas y sus influjos actuantes hasta el presente, entre los árabes e israelíes.

En el texto que transcribo a continuación se tornan visibles los falsos enlaces y los malentendidos generados por las comparaciones paranoides entre estos dos pueblos hermanos. Comparaciones patogénicas, que continúan atizando entre ambos pueblos semitas sus incandescentes memorias del pavor y del rencor por los traumas padecidos en la Europa filicida.

En la vida de los individuos y de los pueblos, los conflictos más terribles son casi siempre los que estallan entre dos perseguidos. Sólo en la ilusión difundida por algunos círculos románticos, los perseguidos y los oprimidos se unen siempre por solidaridad y caminan como un solo hombre hacia las barricadas para luchar juntos contra su cruel opresor.



La verdad es que los dos hijos de un padre déspota y maltratador no necesariamente se convierten en aliados, y no siempre el destino común los acerca. En más de una ocasión uno ve en el otro no a un hermano con un destino común sino precisamente la imagen terrorífica de su común perseguidor. Tal vez hayan sido así las cosas entre árabes y judíos durante unos cien años.

La Europa que ha atormentado, humillado y oprimido a los árabes mediante el imperialismo, el colonialismo, la explotación y la opresión es la misma Europa que ha perseguido y oprimido también a los judíos, y al final ha permitido o ha ayudado a los alemanes a extirparlos de todos los continentes y a asesinar prácticamente a todos. Pero cuando los árabes nos miran, ven ante ellos no a un puñado de supervivientes medio histéricos sino a un nuevo y arrogante emisario de la Europa colonialista desarrollada y explotadora, que regresa con astucia a Oriente – esta vez con un disfraz sionista – para volver a explotar, despojar y oprimir.

Mientras que nosotros, cuando los miramos, vemos ante nosotros no a unas víctimas como nosotros, no a unos hermanos en el sufrimiento, sino a unos cosacos que llevan a cabo pogroms, a unos antisemitas sedientos de sangre, a unos nazis disfrazados: como si nuestros perseguidores europeos hubiesen vuelto a aparecer en Eretz Israel con kefias y bigote, pero fuesen nuestros viejos asesinos cuyo único interés era y sigue siendo cortar las gargantas de los judíos por gusto y diversión. (2004: 419)

OLVIDO Y MEMORIA: DE LA MEMORIA DEL RENCOR A LA MEMORIA DEL DOLOR

Algún necio humanista podrá decir lo que quiera; pero la venganza ha sido desde siempre y seguirá siendo el último recurso de lucha y la mayor satisfacción espiritual de los oprimidos.

(Kolitz 1998: 15)

El rencor abraja una esperanza vindicativa que puede llegar a operar como un puerto en la tormenta en una situación de desvalimiento.

Como un último recurso de lucha, tendiente a restaurar el quebrado sentimiento de la propia dignidad, tanto en el campo individual como social.

El poder del rencor suele promover no sólo fantasías e ideales destructivos. No se reduce únicamente al ejercicio de un poder hostil y retaliativo. También puede llegar a propiciar fantasías e ideales tróficos, favoreciendo el surgimiento de una necesaria rebeldía y de un poder creativo tendientes a restañar las heridas provenientes de los injustos poderes abusivos originados por ciertas situaciones traumáticas.

El sentido de este poder esperanzado opera para contrarrestar y no sojuzgarse a los clamores de un inexorable destino de opresión, marginación e inferioridad.



Estas dos dimensiones antagónicas y coexistentes del poder del rencor se despliegan en diferentes grados en cada sujeto y se requiere reconocerlas y aprehenderlas en la totalidad de su compleja y aleatoria dinámica.

Pero si el sujeto sólo permanece fijado a las ligaduras de la memoria del rencor, quedará finalmente retenido en la trampa de la inmovilización tanática del resentimiento de un pasado que no puede resignar. Pasado que anega las dimensiones temporales de presente y del futuro.

Sólo el lento e intrincado trabajo de elaboración de los resentimientos y remordimientos posibilitará un procesamiento normal de los duelos para efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del dolor.

Recién a partir del cual, el sujeto rencoroso depondrá su condición de inocente víctima que reclama y castiga, y logrará acceder a la construcción de su propia historia como agente activo y responsable y no reactivo a un pasado que no puede olvidar ni perdonar.

Antes de finalizar, deseo señalar que las líneas de demarcación que se trazan entre las distintas memorias son claras, pero en ciertos momentos resultan menos nítidas, porosas y suelen difuminarse.

En efecto, las cuatro memorias: del esplendor, del rencor, del pavor, y del dolor coexisten y conservan sus propias huellas en el palimpsesto mnémico que portan cada sujeto y cada pueblo. Haría la salvedad, sin embargo, que la superposición de las mismas y la prevalencia de unas sobre las otras es inestable y se modifica como el fluir oscilante del tiempo-río de Heráclito.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt H., 1958, *La condición humana*, Paidós, Barcelona.

Augé M, 2011, "La vida es un evento muy especial", en *Revista ADN del Diario Clarín* del 4 de febrero.

Bordelois I., 2005, *Etimología de las pasiones*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.

Borges J.L., [1923] 1987a, "Remordimiento por cualquier muerte", en *Fervor de Buenos Aires*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 33.

Borges J.L. [1942] 1987b, "Funes el memorioso", en *Ficciones*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 485.

Borges J.L. [1949] 1987c, "Emma Zunz", en *El Aleph*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 564.

Borges J.L., [1964] 1987d, "1964", en *El otro, el mismo* en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 920.

Borges J.L., [1966] 1987e, "El forastero", en *El otro, el mismo* en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 922.



Borges J.L., [1969] 1987f, "Leyenda", en *Elogio de la sombra*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 1013.

Borges J. L., [1969] 1987g, "Un lector" en *Elogio de la sombra*, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 1016.

Borges J.L., [1972] 1987h, "El amenazado", *El oro de los tigres*, en *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 1107.

Borges J.L., [1972] 1987i, "El centinela", en *El oro de los tigres*, en *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, p. 1115.

Borges J.L., [1976] 1977a, "El remordimiento", en *Obra poética*, Emecé, Buenos Aires.

Borges J.L., 1977b, "Things That Might Have Been", en *Obra poética*, Buenos Aires, p. 533.

Borges J.L., 1979, "El tiempo", en *Borges Oral*, Emecé/Editorial Belgrano, Buenos Aires.

Borges J.L., 1980, *Borges en la escuela freudiana de Buenos Aires*, Agalma, Buenos Aires.

Borges J.L., [1980] 2003, *Diálogos sobre la vida y la muerte*, Heker L, Buenos Aires, Aguilar.

Borges J.L., 1981, "Poema", en *La cifra*, Emecé, Buenos Aires,.

Borges J.L., [1982] 2004, *La memoria de Shakespeare*, Emecé, Buenos Aires.

Borges J.L. [1983] 1985a, "Los conjurados", en *Los conjurados*, Alianza, Madrid.

Borges J.L., [1983], "Lo nuestro", en *Borges*, en *Clarín 1980-1986, Textos seleccionados*, p. 15.

Borges J.L., [1984] 1985b, "Sherlok Holmes" en *Los conjurados*, Alianza, Madrid.

Elliot T., 1989, "Cuatro cuartetos", *Cuatro Cuartetos*, Fondo de Cultura Económica, México.

Freud S., [1919] 1975, *Lo ominoso*, en *Obras completas*, T. VII, Amorrortu, Buenos Aires.

Freud S., [1930] 1975, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, T. XXI, Amorrortu, Buenos Aires.

Gelman J., 2005, "La poesía está viva", en *Diario La Nación*, Buenos Aires, 29 de octubre.

Kancyper L., 2003, *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*, Lumen, Buenos Aires.

Kancyper L., 2010, *Resentimiento terminable e interminable*, Lumen, Buenos Aires.

Kolitz Z., 1998, *Iosl Rákovér habla a Dios*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Kristeva J., 2011, "El lenguaje de la revuelta", en *Revista Ñ del Diario Clarín* del 12 de noviembre.

Le Goff J., 1988, *Historie et mémoire*, Gallimard, París.

Magris C., 2011, "El relato del tiempo", en *Diario La Nación* del 9 de abril.



Oz A., 2004, *Una historia de amor y oscuridad*, Siruela, Madrid.

Sontag S., 2002, "Acerca de la belleza", en *Diario La Nación, Cultura y Nación*, del 21 de julio.

Rodríguez Monegal E., 1981, *Jorge Luis Borges, Ficcionario*, Fondo de Cultura Económica, México.

Todorov T., 2000, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Buenos Aires.

Luis Kancyper, médico psicoanalista, es miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Autor de numerosos artículos de clínica, metapsicología y técnica psicoanalíticas, publicados en las principales revistas internacionales de psicoanálisis. Desde hace años dicta seminarios y supervisiones en las sociedades de psicoanálisis de América latina y Europa. Sus libros han sido traducidos varias lenguas. Señalamos algunos títulos significativos como *Jorge Luis Borges o la pasión de la amistad*, *Jorge Luis Borges o el laberinto de Narciso*, *Resentimiento y remordimiento*, *El complejo fraterno*, *La confrontación generacional*, *Resentimiento terminable e interminable*. Actualmente está preparando el volumen *Amistad: una hermandad elegida*, en el que el psicoanálisis dialoga con la literatura.

kancyper@uolsinectis.com.ar